

Para entender mejor qué significan estas respuestas, es necesario distinguir entre lo que la gente cree y lo que le gustaría. Este último aspecto no está medido en la encuesta. La creencia de que el Gobierno tendrá la capacidad para hacer cumplir esas promesas no es necesariamente igual a si la gente adhiere o es favorable a las mismas. Para algunos, lo que la encuesta indica sería una cierta moderación de las expectativas o una actitud realista acerca de lo que viene; predominaría el pragmatismo. Estos análisis se basan en la opinión de que distintos temas no variarían significativamente con respecto a la actualidad. Por ejemplo, la encuesta dice que porcentajes iguales o superiores al 41% de los entrevistados cree que temas como la delincuencia, la desigualdad, el empleo, la corrupción y la pobreza tendrán una situación similar a la de hoy cuando termine el mandato de Michelle Bachelet. Esa es una interpretación. Otra posible es que los encuestados miren con desconfianza las capacidades que tiene (o ha tenido) la clase política en general, independiente de cuál coalición gobierne, para hacer que las promesas se cumplan. O, peor aún, que los encuestados piensen que el cambio que se promete no producirá diferencia alguna en su vida cotidiana o en los sueños que tengan para el futuro. Esta segunda interpretación se puede ver reforzada si se relaciona con la alta abstención manifestada en las últimas elecciones, indicativa de una fuerte desafección con la política, cuyos ejes son la desconfianza y el recelo más que una actitud moderada o realista. En los últimos años, el poder no tiene un gran récord a la hora de contrastar lo que se promete y lo que la gente percibe como su capacidad para cumplirlo. Es por ello que cuesta creer que en un escenario de nueve candidatos compitiendo por la Presidencia no signifique nada el que casi la mitad de la población en edad de votar se abstenga de hacerlo. A partir de este dato, hay poca base para pensar que las respuestas relacionadas con la capacidad del nuevo gobierno para hacer las reformas — cuando el mandato recién comienza— estén basadas en la decisión de los sujetos de volverse más pragmáticos. Al revés, podría ser que haya un compás de espera para dilucidar si lo que viene es parte de un libreto ya conocido o es el inicio de una nueva fase. En esta interpretación, el escepticismo más que las expectativas, es el gran adversario. II La creencia de que el Gobierno tendrá la capacidad para hacer cumplir sus promesas no es necesariamente igual a si la gente adhiere o es favorable a las mismas". RENE JOFRE @RENEJOFRE Analista político Fundación Chile 21 "La donna é mobile" Los sondeos son fotos más o menos borrosas del estado de la opinión pública en un momento determinado. Estas fotos son interesantes, porque muestran algunos aspectos del mundo que se mueve bajo las consignas, los discursos dominantes y el "sentido común" de las redes sociales y los medios de comunicación de masas.

La encuesta La Segunda-UDD pone en evidencia algo que muchos de los discursos políticos nacidos en contextos académicos pasan por alto: el carácter paradójico de la "voluntad popular" aquella eterna figura invocada una y otra vez por los actores políticos para legitimar sus decisiones.

La "voluntad popular" o la "voluntad general" son conceptos que muchas veces se usan como si "el pueblo" estableciera mandatos claros y unívocos que sólo deben ser seguidos por los políticos para conquistar la gloria y la gratitud pública. Una idea así subyace, por ejemplo, en el "culto al programa" que algunos propugnan, como si las propuestas escritas en el papel se trataran de una manifestación precisa de lo que "todos" quieren.

En el caso de la izquierda, la tendencia a una asignación algo esotérica de roles históricos a las clases sociales y la consecuente suposición de una voluntad de clase que se revelaría sólo a quien fuera "consciente" de ese rol simplifica el proceso. Así, muchas veces piensan que ni siquiera es necesario investigar qué quieren realmente las personas para saber qué es lo que deberían querer (si fueran "conscientes"). Esto claro, convierte en algo irrelevante a la democracia y la política.

En el caso de la derecha, al imaginar la política como las operaciones de un mercado de votos, el corto plazo se termina comiendo la capacidad de conducción. Se tiende a hacer lo que las encuestas parecen mostrar que las personas quieren —lo que también apunta a una especie de utopía apolítica donde las encuestas reemplazan los procesos democráticos— y luego se muestra una gran sorpresa cuando esas mismas personas no votan de nuevo por el conglomerado que les dio en el gusto.

La ilusión equivocada presente en ambos razonamientos queda expuesta cuando los sondeos muestran cosas como que muchas de las personas que votaron por Bachelet en realidad no esperan que se establezca la gratuidad en la educación superior, ni tampoco que cambie la Constitución. Pero sí consideran razonable una reforma tributaria, en la medida en que no afecte el crecimiento. Ante esto, alguien podría pensar que son tontos o irresponsables. ¿Acaso no leyeron el programa? Pero quien piense esto desconoce que la política se juega muchas veces en un plano lejano a lo textual y a lo evidente.

El gobierno y la mayoría de los políticos con experiencia, por supuesto, saben esto. Por eso Bachelet se da el lujo de la ambigüedad, de las letras chicas y del trámite. Habiéndose apropiado de los eslóganes y los rostros popularizados por las manifestaciones de 2011, el Gobierno sabe que resta un enorme margen de maniobra para hacer lo que le parezca prudente, y no lo que en apariencia prometió.

Administrar el poder, entonces parece tener mucho más de paciencia de seducción y de juego de ilusiones que de animosa ejecución de un mandato unívoco. La "voluntad popular" lejos de contener un programa claro está constituida por paradojas que, a través de la política, las comunidades desarrollan y exploran en el tiempo.

Por Pablo Ortúzar / Antropólogo, director de Investigación del Instituto de Estudios de la Sociedad II.